

EL ATAQUE A JUANJUÍ

EL MRTA Y LA TOMA DE JUANJUÍ, HACE 39 AÑOS

POR: LUIS CASTRO GAVELAN

COLEGA PERUANO, RADICADO EN EE.UU Y CORRESPONSAL DE VOCES DEL PERU

A las 04.40 minutos de la madrugada del viernes seis de noviembre de 1987, unos noventa hombres uniformados e instruidos militarmente estaban perfectamente posicionados. Era un amanecer primaveral, denso, como es habitual en la selva peruana, cálido y oscuro. Casi nadie vio venir la tormenta, apenas una mujer presurosa con su canasta de vegetales y dos borrachitos que dormitaban en las bancas del parque principal de Juanjuí atisbaron a muchos individuos que vestían uniformes verde olivo, con rifles automáticos, bazucas, granadas, armas de gran calibre.

Mientras los casi nueve mil habitantes de esa época dormían, incluidos policías que debían estar alertas, figuras armadas agazapadas con precisión táctica estaban listas, esperaban instrucciones. Alguien levantó un brazo y lo bajó casi de inmediato, entonces el silencio de la madrugada saltó por los aires y el sonido característico de los fusiles automáticos rompió la calma de la ciudad, capital de la provincia de Mariscal Cáceres y perteneciente al departamento de San Martín.

Todo había sido planificado para concentrar su furia subversiva en las tres unidades policiales de la Guardia Civil, Policía de Investigaciones y Guardia Republicana. Las ráfagas de fuego iluminaron intermitentemente las fachadas de los locales policiales mientras los efectivos, sorprendidos y confundidos, se veían obligados a entablar un combate desigual frente a un enemigo numéricamente superior que emergía de la nada. Juanjuí despertó sobresaltada, con el eco de las balas resonando y el presentimiento amargo de que aquella madrugada quedaría marcada con sangre, con la muerte del teniente GC. Jorge Cieza y las lesiones de un civil y ocho policías, entre ellos el jefe de la comisaría, el mayor Manuel Urbina.

En apenas cincuenta minutos los insurgentes habían controlado la situación. Muchos policías se rindieron genuflexos y otros lograron abrir boquetes para escapar por los techos de los baños. Con las unidades policiales sitiadas y superadas, los miembros del MRTA, tomaron control de la ciudad, incendiaron algunas oficinas del gobierno local y se apoderaron de un arsenal de armas pertenecientes a las fuerzas del orden.



El factor sorpresa fue devastador. Aquella madrugada, el Perú despertó con un golpe de realidad sin precedentes, era la primera vez que el país conocía un relato que parecía inverosímil: una incursión terrorista de tal magnitud y audacia. Los insurgentes no solo buscaban el control militar momentáneo, también querían un impacto propagandístico total, filmaron su incursión y posaron desafiantes frente a la plaza. Incluso izaron su bandera mientras la población observaba impávida; unos reproban los hechos, pero otros mostraban una naciente simpatía por los “cumpas”, como así le decían en la región a los miembros del MRTA.

La osadía y el salvajismo del asalto convirtieron el nombre de Juanjuí, capital de la provincia de Mariscal Cáceres y perteneciente al departamento de San Martín, en el epicentro de una noticia mundial que acaparó los titulares de la prensa internacional. Bajo la luz pálida del nuevo día la plaza se transformó en el escenario de un mitin improvisado donde el discurso ideológico y distópico de los emerretistas se mezclaba de forma macabra con el frío metal de las armas que esgrimían.

Isidro Roger Tuanama, ahora de 49 años, recuerda que tenía nueve y que varios vecinos se congregaron en la bodega de su padre y conversaban sobre la visita de unos “cumpas” quienes los invitaban a la plaza de armas para una reunión. “Fui de la mano de mi padre y vi a tres policías, uno de ellos lloraba y pedía perdón. Los tres efectivos fueron acusados de ser malos y corruptos. Recibieron su castigo y pidieron perdón, los “cumpas” les perdonaron la vida”, recuerda el lugareño. Documentos oficiales del Ministerio del Interior confirman que el MRTA entregó a los 3 policías con el sacerdote de la ciudad con el encargo de no liberarlos hasta que ellos hayan salido de Juanjuí.

Llenos de paralogismos, los emerretistas explicaron los motivos de su movimiento insurgente, anunciaron irreverentes una estrategia justiciera, una evaluación de las autoridades locales y revelaron tener “ojos y oídos” para conocer todo lo que pasaba en Juanjuí. Luego escucharon las quejas sobre la conducta de algunos burgomaestres y a continuación, invitaron a los habitantes a unirse a sus filas. Antes de terminar su convocatoria, los electrodomésticos, muebles y otros enseres hallados en las dependencias policiales fueron distribuidos entre los moradores. También liberaron a los prisioneros que estaban en las cárceles de la Guardia Civil y la Policía de Investigaciones. Y finalmente, incendiaron toda la documentación, los archivos

policiales.

El acto subversivo ocurrido en Juanjuí era la cereza del pastel en un convulso Perú, que era presidido por Alan García Pérez. El país atravesaba una profunda crisis económica y un violento conflicto armado interno.

El MRTA emergía para hacer más difícil la situación en el territorio patrio que ya sucumbía a los ataques arteros de “Sendero luminoso”, con constantes atentados a la infraestructura nacional. El derribo de torres de alta tensión y antenas repetidoras provocaba apagones masivos que dejaban a ciudades enteras sin energía eléctrica, incommunicados, sin televisión ni radio durante días.

Pero esa incursión a Juanjuí se pudo evitar, si un documento de inteligencia enviada al entonces ministro del Interior, José Barsallo, se hubiera tomado en cuenta; pero la autoridad y sus asesores la consideraron una bagatela. En ese informe, cuatro meses antes de la súbita invasión, un sargento GC. de apellido Panduro informó sobre los rumores de adiestramiento subversivo por el valle de Sisa. Y tuvo razón, el 8 de octubre, un mes del ataque a Juanjuí, el destacamento subversivo inició sus acciones en la región tomando la ciudad de Tabalosos, en Lamas.

Diez días después se repitió la actividad emerretista en Soritor, distante a 15 minutos de Moyobamba. Para muchos, hubo negligencia inaudita, una modorra policiaca; para otros, las autoridades de entonces subestimaron a los sediciosos.

La noticia mundial de la toma de Juanjuí también preocupó a los Estados Unidos. La potencia mundial estuvo atenta a los acontecimientos. Documentos clasificados evidenciaron comunicaciones secretas entre miembros de la Central de Inteligencia, de la Agencia antidrogas y del FBI, la Policía Federal.



LOS DEL MRTA REVISABAN LAS PERTENENCIAS DE LOS POLICÍAS, PINTABAN LAS PAREDES DE LA CIUDAD Y SALÍAN DE SAN JOSÉ DE SISA A CABALLO Y EN CAMIONETAS.

Frases pintadas en las paredes de varias casas como “Yanquis go home”, “Yanquis fuera del país” mostraban una abierta repulsa por la presencia norteamericana en el Perú.

Tras la toma de Juanjuí, el gobierno de Alan García Pérez declaró en estado de emergencia al departamento de San Martín. Por mal tiempo y problemas en las comunicaciones, recién se planificaron labores de contrainsurgencia el 8 de noviembre. El general GC. Juan Zárate llegó a Juanjuí para evaluar y planificar una respuesta que, para muchos, era un maquillaje gubernamental para restañar su ineptitud.

UNA PRIMICIA MUNDIAL

Las salas de redacción de los diferentes medios de comunicación televisiva y escrita de Lima enviaron periodistas para cubrir la información. En ese tiempo laboraba en el diario “La República” y recibí el encargo de viajar junto con dos reporteros gráficos: Huguito Valdez y Juan Carlos Domínguez, hijo del famoso Carlos “chino” Domínguez.

Por aquellos tiempos, en opinión de muchos entendidos, vivíamos la “época de oro” del

periodismo del siglo XX, se practicaba un modelo que dependía de la primicia, la exclusividad y, qué duda cabe, la exclusividad era el músculo financiero de los grandes medios y el valor físico del periodista en el lugar de los hechos. Asumí el reto consciente de lo ocurrido en Juanjuí y teniendo a Huguito Valdéz, experimentado y empático; y Juan Carlos Domínguez, con quien ya habíamos compartido ímpetu y las mieles de varias primicias.

Llegamos a Juajuí un día después de los hechos: vimos las pintas, entrevistamos personas, autoridades, reconstruimos todo lo sucedido. También conocimos que los “cumpas” habían abandonado la ciudad en varias camionetas con dirección al valle de San José de Sisa. Acostumbrados los peruanos a vivir ataques senderistas arteros, sangrientos y sin un mínimo respeto por la vida humana; los del MRTA utilizaron otra estrategia: dieron la cara, estaban uniformados e intercambiaron diálogos y escucharon a la población.

Cuando entrevistamos a Humberto Iberico, dueño de una empresa de aerotaxis en Tarpoto, el empresario confirmó haber interceptado una comunicación de los subversivos y



CON HUGO VALDÉZ ANTES DE INICIAR LA TRAVESÍA POR LA SELVA

que ellos habían abandonado a las diez de la mañana el caserío San Martín de Alao, al norte de San José de Sisa. Entonces “olimos” la primicia con el “chino” Domínguez y convencimos a nuestros superiores, en Lima, que debíamos internarnos en la selva peruana.

Por aquellos días los periódicos invertían mucho dinero en logística porque no dependían de agencias internacionales genéricas. Enviaban a sus periodistas para ejecutar un “gran despliegue” porque si la noticia valía, se rompía la diagramación del periódico para lanzar una “edición extraordinaria”. Por ese tiempo se vivía de la primicia como capital financiero y moral. Una primicia aseguraba que el periódico se agotara en los quioscos a la mañana siguiente. Además, había un orgullo institucional tremendo en “ganarle la noticia” a la competencia.

En un aerotaxi llegamos a San Martín de Alao, provincia de El Dorado y su alcalde, Fidencio Rodríguez, confirmó que alrededor de las diez de la mañana los emerretistas habían salido a pie, rumbo al valle del Sisa. Juan, sobrino de la autoridad y su amigo, fueron nuestros guías. Con naranjas, yuca y carne de culebra nos energizamos en casi 37 horas de traslados en avionetas, camioneta y extenuantes caminatas por la selva. Todo tenía su razón de ser: obtener una primicia, entrevistar a los emerretistas que habían conseguido atención mundial con su incursión a Juanjuí.

La parte final antes de coronar nuestra misión resultó agotadora. Los últimos 500 minutos fueron una simbiosis de ímpetu e ilusión por el corazón de la selva. Fue una marcha por matorrales espinosos, por una vegetación densa y húmeda que asfixiaba el aire. Las raíces de los árboles se retorcían en el suelo como trampas dispuestas a interrumpirnos el paso, el barro arcilloso devoraba las zapatillas y el crujido constante de las pisadas se mezclaba con el concierto invisible de la fauna indomable: el chillido de los monos, el aleteo de las aves y el zumbido implacable de los insectos.

Casi oscurecía. Alrededor de las seis de la tarde, de hace treinta y nueve años, aparecieron de súbito cinco hombres. Eran miembros del MRTA armados y uniformados que interrumpieron nuestro paso. Hubo nerviosismo, temor. El miedo es una emoción natural que actúa como un mecanismo de supervivencia.



3 POLICÍAS ACUSADOS DE IRREGULARIDADES EN EL CENTRO DE LA PLAZA DE JUANJUÍ

Pero había que asumir riesgos y en medio de ese proceso, liberar adrenalina. Juan Carlos Domínguez y yo ya habíamos experimentado muchos miedos y éste era uno más. La juventud también asumió protagonismo y los miedos fueron minimizados. Tras las interrogantes de rigor, la confirmación de nuestras credenciales e intercambio de comunicaciones en clave a través de modernos equipos de radio, fuimos autorizados a seguir nuestro camino. Nos vieron muy cansados y trajeron consigo dos caballos, nos invitaron a utilizarlos. Cuando el sol se ocultaba y escoltados en todo momento, todo quedó listo para la primicia, la entrevista con el "comandante Rolando", la primera que el líder del MRTA ofrecía a un medio de comunicación nacional. El escenario fue una escuela en el caserío Sinami. Alrededor, decenas de emerretistas compartían con los lugareños, totalmente pertrechados de armas largas. Días después el jefe insurrecto fue identificado como Víctor Polay Campos.

La entrevista se cumplió. Capturamos la primicia y acariciamos ese fuego efímero del que hablaba con maestría el Nobel colombiano Gabriel García Márquez al sentenciar que "el periodismo es el oficio que pide más información en el menor tiempo posible, y la primicia es su adrenalina"; un destello de gloria tan deslumbrante como fugaz. A continuación, la sonrisa del deber cumplido se desdibujó porque un ambiente lóbrego y tenebroso nos indicaba que debíamos pernoctar en el campamento de los subversivos. Fue un episodio complicado. Toda la columna de tupamarus era buscada intensamente por la Policía y el Ejército. Cansados y extenuados, no pudimos dormir pensando en un enfrentamiento donde podíamos ser confundidos.

Afortunadamente nada pasó. Retornamos a Lima con la exclusiva mundial. Como periodistas cumplimos la misión, gastamos suela de zapato, buscamos la noticia entre la maleza y entendimos que el periodismo tiene mística, que es un oficio romántico y de contrastes profundos, donde la adrenalina del minuto a minuto convive con la paciencia minuciosa de la investigación, y donde el mayor patrimonio es la credibilidad intacta de quien entiende que contar historias no es solo narrar hechos, sino dignificar la experiencia humana y defender la libertad.

PHD LUIS A. CASTRO GAVELÁN

- Doctor en Filología con especialidad en la enseñanza del idioma español como segunda lengua. Egresado de la Universidad Complutense de Madrid, España.
- Profesor de español a diplomáticos y militares de Estados Unidos con proyectos laborales en embajadas de habla hispana; hombres de negocios y estudiantes universitarios.
- Creador del "Enfoque Comunicativo Interactivo", una estrategia pedagógica para la enseñanza de idiomas; y autor de 3 libros de texto para la enseñanza del idioma español como segunda lengua.
- Ex periodista del diario La República y France Press en Lima. Ex director de la revista regional Líder en el norte del país.
- Ex editor general del diario "El Comercio" de Virginia, Estados Unidos.



**DANDO UNA CONFERENCIA
EN LA UNIVERSIDAD
DE KOBE, JAPÓN**



**UNA FOTO CON COLEGAS DE
LA UNIVERSIDAD
DE KOBE, JAPÓN**

**SORPRESA
¡AUNQUE PASEN
LOS AÑOS!**

**¡AMPAYAN A
"LOQUITA" BAÑÁNDOSE
FRENTE A PALACIO
DE GOBIERNO!**



El reloj marcaba el mediodía del 18 de enero de 1976. La Plaza de Armas de Lima lucía abarrotada y solemne. El entonces alcalde de la capital, el recordado Eduardo "Chachi" Dibós, encabezaba la ceremonia central por el aniversario de la fundación de la ciudad. Mientras las autoridades discursaban y la atención oficial estaba concentrada en el protocolo, a pocos metros se cocinaba una de las anécdotas más surrealistas y memorables del periodismo nacional.

"Les gané el vivo a todos los colegas que cubrían el evento... Me adelanté, vi el encuadre perfecto y gatillé esa única e irrepetible foto", recuerda con nostalgia el gran Carlos "Carlitos" Ángeles, testigo directo y protagonista de la hazaña.

Se trataba de una humilde mujer con evidentes problemas de salud mental que, desafiando la seguridad, y las miradas atónitas del público, decidió desnudarse por completo y sumergirse en las aguas de la legendaria pileta colonial de la Plaza de Armas, justo a las afueras de Palacio de Gobierno. Mientras el resto de los fotógrafos y reporteros permanecían inmóviles, distraídos por el tedio del discurso oficial, el instinto y el ojo clínico de Ángeles capturaron la vulnerabilidad, la locura y la espontaneidad de un instante que congeló el tiempo. Al volver a la redacción, el impacto fue inmediato. Aquella audaz captura no solo dejó con los crespos hechos a la competencia, sino que se convirtió en la portada indiscutible del diario La Prensa, el emblemático medio donde Carlos trabajaba en esa época. "Incluso me premiaron", sonríe el veterano fotoperiodista, reviviendo la adrenalina de una época donde las primicias se buscaban con el alma y una sola toma bastaba para hacer historia.